

SECCION BIBLIOGRAFICA

Alonso, Amado.—MATERIA Y FORMA EN POESIA.—Biblioteca Románica Hispánica.—Editorial Gredos. Madrid, 1955. 469 págs.

Desde las obras de Charles Bally, —*Traité pratique de stylistique française* y el *Lenguaje y la vida*— con las que se inicia en serio los estudios de estilística en el mundo de la investigación literaria, se han sucedido una serie de trabajos en este campo dignos de tener en cuenta. No han ido a la zaga de este movimiento los críticos de lengua española, siendo obligado mencionar, —junto a los nombres de Vossler, Oskar Walzel, Leo Spitzer, Hatzfeld— los trabajos de Dámaso Alonso y de sus discípulos y colaboradores—Bousoño, Valverde—, aparte de estudios sueltos y monografías, realizados desde este punto de vista y publicados en revistas. La Biblioteca Románica Hispánica, ha hecho—y está haciendo—una extraordinaria labor de difusión en este sentido, aumentando sus volúmenes con la publicación de las últimas novedades de esta reciente rama de la Lingüística.

En este resurgimiento nuestro, destaca poderosamente la ingente obra de Amado Alonso, recientemente fallecido. Procede Amado Alonso del campo de la Filología, aunque siempre ha visto los problemas con gran amplitud lingüística y no desde la arista seca y fría de la filología pura. En este aspecto destacamos sus dos volúmenes de *Estudios Lingüísticos* (2 y 12 de la 11.^a sección de B. R. H.), o su tratado *De la pronunciación medieval a la moderna en español* (Vol. 5 de la sección correspondiente de B. R. H.). En los últimos años de su vida, Amado Alonso, sin perder su base filológica, ha entrado de lleno —con su aguda intuición—en el campo de la Estilística, sobresaliendo sus trabajos publicados en la *Colección de Estudios Estilísticos* y en la *Revista de Filología Hispánica* del Instituto de Filología de Buenos Aires.

La Editorial Gredos, con su acostumbrada perfección y vistoso y cómodo formato, acaba de publicar de Amado Alonso su extensa obra *Materia y forma en poesía*, en donde sin darnos cuenta nos va introduciendo en el estudio de la expresión y en el misterioso y complicado fenómeno de la creación poética, siempre expuesto con su particular maestría y acertado criterio. La obra, que representa sin duda una novedad por su carácter sistemático y por el método seguido, consta de dos partes: la primera dedicada a temas españoles y la segunda—menos extensa—a temas americanos. Es costumbre en el autor, referirse en sus trabajos a estas dos facetas de la cultura hispánica. En total veinticinco son los ensayos que componen el libro.

Trataremos en esta recensión de sintetizar y agruparlos por la semejanza de contenido. Los tres primeros—*Sentimiento e intuición en la lírica*, *Clásicos románticos*, *superrealistas*, *Ideal clásico de la forma poética*, están dedicados a la explicación del fenómeno poético. Estudia y trata de resolver los dos polos de la creación artística y la relación que guarda en el poeta lírico el sentimiento y la intuición; la caracterización de escuelas, lejos de tópicos tradicionales, tomando como base para ello elementos tan importantes como la palabra y la transformación operada por cada una de las escuelas con estos elementos; la plasmación en una forma, caracterizada por el ritmo, de las intuiciones y sensaciones en el mundo de la poesía. Todas estas investigaciones están operadas sobre textos clásicos—*Oda a Salinas* de Fray Luis o un soneto de Garcilaso—. También tiene idéntico carácter el ensayo *El ideal artístico de la lengua y la dicción en el teatro*.

Los ensayos *Carta a Alfonso Reyes sobre Estilística* y *La interpretación estilística de los textos literarios*, están dedicados al estudio del concepto Estilística. Partiendo de la antinomia de Saussure—*langue et parole*—delimita los campos de una estilística de la lengua y una estilística de la expresión, de lo afectivo, de la palabra, siempre debajo del concepto de aquella. Así afirma: «La estilística atiende perfectamente a lo que de creación poética tiene la obra estudiada o lo que de poder creador tiene un poeta». En el otro artículo estudiado aclara los distintos campos de la crítica filológica tradicional y la moderna estilística. La fundamentación de toda investigación estilística es el estudio lingüístico en su aspecto general. Se nota la influencia en su método de los trabajos de Saussure y Bally. Este ensayo, aparte de su sentido y contenido histórico, nos ofrece el método seguro para nuestras investigaciones al día.

Dos ensayos están dedicados a Lope de Vega, demostrando el carácter vital de la poesía del dramaturgo español. Hace una recensión acertada de la obra *Lope de Vega y su tiempo* de Karl Vossler.

Cervantes, lo dedica a estudiar la génesis del *Quijote* y la evolución de la experiencia vivida a través de la obra. Comenta el artículo de Hatzfeld *Don Quijote asceta*, publicado en «Nueva Revista de Filología Hispánica». En estos últimos años se ha venido hablando bastante del erasmismo cervantino a propósito del *Quijote* o en otro sentido de su postura opuesta. La bibliografía es extensa. Amado Alonso, pone ciertos reparos al trabajo de Hatzfeld y defiende que D. Quijote no es asceta, pero sí caballero cristiano, siempre acorde con los principios de la más sana ortodoxia. Lo vivido y la realidad son los temas que analiza en la obra de Galdós, en *Lo español y lo universal en la obra de Galdós*, contribuyendo este estudio a la reivindicación de este novelista, hoy lograda entre otros por Casaldueiro.

A las *Sonatas* de Valle-Inclán —materia muy apta para esta clase de estudios—dedica Amado Alonso tres de sus mejores ensayos. El procedimiento empleado nos da una visión total de la obra valle-inclanesca, en la que se supera la crítica negativa sobre el autor de las *Sonatas* —Casares, A. L. Owen, Gómez de Baquero, Bell, Madariaga y Ortega y Gasset—. Analiza los temas—nueva reencarnación de D. Juan—destacando el amor, la muerte y la religión; evocación (valores emocionales); vocabulario (poder mágico del vocablo en Valle-Inclán); decoro escultórico; paisaje; influencias extrañas. Sobre las influencias ya apuntadas, Amado Alonso agrega —basándose en motivos estilísticos— la de Théophile Gautier y piensa —nosotros creemos que con razón— en los

últimos naturalistas franceses y en los parnasianos y simbolistas. Los dos últimos ensayos sobre Valle-Inclán, están dedicados al ritmo de las *Sonatas*, pero más bien son dos estudios sobre el ritmo en general, aclarando los conceptos «ritmo de pensamiento» y la fonética del ritmo (ritmo creado y ritmo percibido). Termina la primera parte, dedicada a temas castellanos, con tres artículos, destacando el relativo a la interpretación de la poesía de Jorge Guillén.

La segunda parte—menos extensa—se refiere a los estilos americanos. El trabajo más destacado es el titulado *Rubén Darío y Miguel Ángel*. En realidad no supone en la mano una nueva consideración sobre el estudio de las fuentes literarias. El descubrimiento de una fuente puede servir—según Amado Alonso—para mejor comprender el espíritu de la obra que se estudie. Ejemplo: *Lo fatal* de Rubén, está inspirado en la célebre cuarteta de Miguel Ángel, compuesta al descubrir la tumba de los Médicis y que empieza: «Caro m'è'l sonno e più l'esser di sasso». Sólo conociendo esta fuentes nos podemos explicar el extraño mundo poético en que se desarrolla la composición de Rubén. La fuente literaria, cuando no se trata de piratería, sirve al influído para depurar su íntima originalidad. Los tres últimos artículos están dedicados a Borges, narrador y estilista; al análisis de *Fiesta en noviembre* de Malleas y a *Puñado de Cantares*, de González Lanuza, señalando en éste las semejanzas y diferencias que tienen estos cultos cantares con Bécquer.

Materia y forma en poesía es un libro, que pese a la variedad de materias, tiene una unidad de método en la investigación y que supone una justa valoración estilística de las cuestiones que trata, como corresponde a la madurez y cualidades de su autor.

J. Barceló Jiménez

Gaos, Vicente.—LA POÉTICA DE CAMPOAMOR.—Biblioteca Románica Hispánica.—Editorial Gredos.—Madrid, 1955. 157 págs.

El profesor Vicente Gaos, nos ofrece en este libro, —volumen 24 de la Biblioteca Románica Hispánica y perfectamente editado por Gredos—un estudio completo y acabado de la *Poética* de Campoamor, poeta y prosista de la generación posromántica. Era empresa difícil enfrentarse con tal cuestión de la literatura española del siglo XIX, pues siempre que de ello se ha tratado —creemos que pocas veces—no se ha tenido la precaución y el tacto, de separar a Campoamor, teórico de la poesía, del Campoamor poeta. Cuando se ha hablado de la *Poética*, siempre se ha pensado, que escrita en su madurez, era una acomodación a su quehacer literario, y de este modo, todo intento de análisis y estudio, resultaba sin sentido y sin trascendencia. Gaos, ha tenido en cuenta, como decimos, estos escollos y para salvar, en lo posible, los valores de la obra en cuestión, ha separado valientemente este aspecto del resto

de la obra, ha estudiado a Campoamor como teórico de la poesía, y su obra aparece como un comentario—muy atinado, por cierto—de las afirmaciones en torno al arte del célebre poeta asturiano.

La obra de Gaos tiene dos partes: *Introducción y Teoría Poética*. En la primera analiza dos aspectos: la ideología de Campoamor y su faceta de crítico. En cuanto al tema ideológico de Campoamor, advierte la consistencia filosófica de las ideas del preceptista, plantea el problema —que tal vez sea la clave de las soluciones que apunta en pro de Campoamor— del platonismo, del idealismo campoamoriano; persiste en que a pesar de ello, está más cerca de Aristóteles. Creemos que acertadamente, califica a Campoamor de idealista en una época realista. A tenor de la revisión de estos puntos de vista, Gaos analiza la crítica sobre Campoamor, desde su época hasta el presente, y no se muestra muy conforme con lo que llama «tópicos repetidos» sobre el autor, haciendo hincapié en salvarle de esa denominación de «prosaico y ramplón» con que se le moteja.

En cuanto a Campoamor como crítico, también Gaos establece una absoluta diferencia. Afirma que Campoamor sobre poesía piensa con hondura e independencia de juicio, pero carece de sentido crítico, ya que entre otras cosas, todo su acerbo crítico lo reduce a objetividad, a teoría.

La segunda parte de la obra que analizamos está dedicada a la teoría poética de Campoamor es, decir, a analizar los textos de la *Poética*, que se refieren al arte y más concretamente a la poesía. En cinco capítulos, trata de la originalidad e imitación, el poeta y el proceso creador, el arte por la idea, composición y elementos de la obra de arte. estilo. lenguaje y métrica y la poesía y la prosa.

En cuanto al primer capítulo de esta segunda parte, Gaos hace a Campoamor precursor de T. S. Eliot, al afirmar que tradición y originalidad se confunden, punto de vista sostenido por el mismo D'Ors. En relación con el proceso creador, procura aclarar el sentido en Campoamor de «arte por la idea», «arte trascendental» y «poesía intencional». La técnica de Campoamor es el «arte por la idea» en su verdadero sentido. Al analizar los elementos que integran la obra de arte, destaca el sentido de la unidad y complejidad, al mismo tiempo dentro de la obra. Finalmente, sus ideas sobre el estilo, lenguaje y métrica y lo que Campoamor pensaba sobre prosa y verso. Apunta Gaos, en relación con las ideas sobre poesía, cierta similitud de concepto de Campoamor con Bécquer, lo que impide el aislamiento a que Campoamor ha estado sometido.

A través de toda la obra de Gaos hemos visto—pues felizmente lo ha conseguido—que las teorías de Campoamor son opuestas a la imagen que nos ofrece en su poesía, postura que ya sospecharon entre otros, Salinas, César Barja y Azorín. Comenta, por otra parte, la crítica sobre Campoamor de Piñeyro, Rubén Darío y Valbuena Prat, haciendo reparos a lo que estos maestros piensan sobre él. El método seguido por Gaos en este trabajo responde a las exigencias actuales de la crítica literaria y el comentario sobre los textos es agudo y atinado, explicando las frecuentes contrariedades que en materia estética encuentra en Campoamor.

Se trata pues, de un buen trabajo, que invita—y de hecho consigue—a la reivindicación de Campoamor, sino totalmente, por lo menos en algunos aspectos, quizá los más interesantes de su obra. Por lo menos, después de la lec-

tura, vemos el valor de la *Poética*, una vez estudiada por Gaos en conexión con las ideas de la época, en relación con la literatura del género y teniendo en cuenta, —y esto es muy interesante—el genio y las cualidades de Campoamor. Antes de esta obra—en este sentido reivindicatorio—Vicente Gaos, había escrito un artículo titulado *Campoamor, precursor de T. S. Eliot*, en *Índice*, Madrid, mayo, 1955; aparte de algunas referencias en *Poesía y técnica poética*, ensayo publicado por la Editorial Nacional, Madrid, 1955.

J. Barceló Jiménez

Bertaut, Jules.—LA VIE LITTERAIRE AU XVIII.^e SIECLE.—Editions Jules Tallandier.—París, 1954. 460 págs.

No es posible a los historiadores de la literatura francesa sustraerse del método histórico, que fundamentalmente arrancó de G. Lanson y que siguieron entre otros Des Granges, Rudler y Mornet. Pero hemos de observar, que entre las variantes o modalidades de este método—defendido igualmente por Van Tieghen y Ascoli—encontramos el denominado histórico-sociológico, cuyas normas se exponen en la obra de G. Dontrepon *La littérature et la société*. Más que en otros países, son los franceses los que continúan dándonos obras concebidas desde estos puntos de vista. Y en realidad, hemos de reconocer, que este método—aparte de lo negativo de algunos de sus aspectos—nos da una visión completa de una época, de una escuela o un autor, y sobre todo, de los soportes, influencias y en general del clima cultural-literario del período a que se refiere. Dentro de esta tendencia se encuentra la obra que vamos a estudiar.

La bibliografía sobre el siglo XVIII, generalmente mal comprendido hasta no hace mucho tiempo, es ya extensa, sobre todo en lo que a la literatura francesa se refiere. Hoy se ve aumentada con esta interesante obra de Bertaut, *La vie littéraire au XVIII.^e siècle*, que más que un estudio de literatura relativo a dicha centuria, es, como bien indica su título, una exposición de la vida en Francia desde la Regencia a los días de Napoleón, en conjunción perfecta con las manifestaciones literarias, es decir, la literatura se toma como recurso, como materia, para exponer la vida en sus múltiples aspectos. No tiene en general esta obra la profundidad que encontramos, en cuanto al pensamiento y las ideas, en las de Paul Hazard; ni tampoco laten en ella las disquisiciones sociológicas que encontramos en Mongrédien; pero sin embargo, supera a estos autores en amenidad, en relato y en presentarnos los medios, muy complejos por cierto, en los que se desenvuelve esta generación de ideólogos, que guiados por la diosa suprema de la centuria—la razón—preparan el camino de la Revolución.

El método seguido por Bertaut es el histórico-sociológico, que juzgamos necesario para una obra de esta clase y contenido. Un rico arsenal de datos, per-

fectamente manejados, pone en juego Bertaut, para dar vida—lejos de la pesada erudición—en relación con las ideas de la época y el carácter de su literatura. Para ello ha buceado valientemente en los Salones, en los Clubs, en los periódicos, en los Cafés y en los géneros literarios. Pero no se olvida de destacar los dos significativos exponentes del siglo: La Enciclopedia y Voltaire—le roi Voltaire, como le llama—. Y sobre esto, va trazando los rasgos particularísimos de cada ente, y hasta la anécdota le sirve para entreteter con todo ese complejo estudio un armonioso conjunto y presentárnoslo tan completo.

Los seis primeros capítulos de esta obra están dedicados a generalidades y características del siglo. Hay una afirmación como premisa inicial que es muy cierta: «siglo en donde ha nacido una vida verdadera y en donde los escritores han jugado un papel importante en ella. La periodología que señala en el primer capítulo es exacta y acertada: a) Regencia—período de escepticismo e inmoralidad; b) época del ministro Fleury—despotismo—; c) hasta 1774—los filósofos contra la autoridad real y contra la Iglesia; d) reinado de Luis XVI—período de ilusiones con trágico final. Sobre este esquema opera Bertaut en sus investigaciones en esta obra.

Bertaut da en su libro vida a los Salones; nada escapa a su afán de darnos una visión completa de la labor e influencia de la mujer—que regía estos salones desde la época de su nacimiento, (XVI)—en la política, en la literatura y hasta en la vida de los hombres. Con razón dijeron de ella los Goncourt refiriéndose al siglo XVIII: «le prince qui gouverne, la raison qui dirige, la voix qui commande». Y así nos hace Bertaut historia de los Salones de Maine, marquesa de Lambert, marquesa de Teucin, el de Mme. Deffand, Mlle. de Lespinasse, Mme. Geoffrin y por último el de Mme. de Necker. Minuciosamente relatado se ve la vida, el ambiente y las ideas refugiándose en ellos. Igual hace con los Clubs—l'Entresol, Lanturelus, Caveau—y la vida y labor de las Academias oficiales. Especial mención merecen en esta primera parte dos apartados; uno en el que estudia los caracteres íntimos y psicológicos de los principales hombres de letras del XVIII—Crébillon, Marmotel, Diderot, Beaumarchais, Rousseau, Saint-Pierre—; el otro, —quizá uno de los aspectos más interesantes y dignos de tenerse en cuenta en este siglo, como señaló P. Hazard— los escritores y el poder real. El siglo XVIII, sobre todo en Francia, es un siglo antirreligioso y de franca oposición a la autoridad real y esto explica, como comenta Bertaut, la lucha incesante de los hombres de letras con el poder, los encarcelamientos de aquellos, e incluso el desarrollo de determinados géneros para dar cabida exclusivamente a las ideas y al mismo tiempo la falta de poetas en dicha centuria, pues en realidad no contamos sino con el nombre de Chénier. Sendos capítulos están dedicados a Voltaire—faro del siglo— y a la Enciclopedia, publicación que señala las tendencias que predominarán en la época.

Como documento social-literario calificamos lo tratado en el capítulo titulado «Les Extravagants». No podía estar ausente de este libro una institución que nace con él y que se desarrollará en el siglo siguiente: los Cafés como centros de tertulias literarias y de conspiraciones, incluso políticas, por ejemplo el Café de la Veuve Laurent.

La obra termina tratando motivos extraliterarios, «Les Ecrivains hommes d'affaires»; la relación con los editores, comediantes y los derechos de propiedad intelectual. Los últimos capítulos están dedicados a la revisión de todas

estas cuestiones en la época de la Revolución y en la era napoleónica. Destacamos el nacimiento del periodismo como arma más apta en esta etapa utilizada por los escritores para dar amplitud y expansión a sus ideas.

El libro de Bertaut es completo, y resalta por lo tanto por la amplitud y variedad de materias que trata, y aunque no es, como ya hemos dicho una historia de la literatura, no perdemos el norte literario que nos guía a través de este contacto con la vida francesa del siglo XVIII y contribuye poderosamente a su estudio, aparte de que por el carácter influyente de esta literatura en Europa en dicha centuria, interesa por igual a los estudiosos de los demás países.

J. Barceló Jiménez

Justiniano García Prado.—LA VILLA DE GIJÓN.—(Tip. «La Industria»). Gijón, 1954. 530 págs., 234 fotografías, 7 mapas, 25 planos, 7 diagramas y 35 gráficos estadísticos.

El Prof. García Prado ha hecho un trabajo exhaustivo, sistematizado, concienzudo, muy documentado y en muchos aspectos anatómico de la villa gijonesa, que habrá que consultar necesariamente cuando se trate de hacer una Geografía de nuestros grandes centros urbanos, por lo que tiene de modelo.

Ya es un acierto el acopio de material gráfico, abundante y dispuesto con indudable pericia

La copiosa bibliografía local y general utilizada y la directa observación de los fenómenos geográficos, dan a esta obra carácter y solidez científica.

La amena y sencilla exposición, no por ello exenta de la necesaria erudición, contribuyen a que se lea sin cansancio.

Es por otra parte una obra trabajada, sentida por el autor, que ha dedicado sus años gijoneses a tan laudable tarea, compartida con la docente en la Universidad de Oviedo y en el Instituto «Jovellanos».

Ya el índice es una promesa que se ve colmada al leer el texto, en donde gradualmente se llega a la consideración del hecho geográfico, uno y vario.

Este ser multiforme y diverso que es la *ciudad*, emporio al mismo tiempo comercial e industrial, complejo, aparece en la obra de García Prado reducido a sus límites unitarios, sin perder por ello su gran riqueza de matices.

Nada escapa a la avidez, agudeza y espíritu de observación del autor que ha logrado, venciendo graves dificultades, darnos una visión conjunta y dinámica, armónica y veraz de la Geografía de Gijón.

Pasa una rápida e interesante revista al pretérito gijonés para estudiar la base geográfico-histórica de la villa, sede de la Legio IV *macedónica*; es la primera población asturiana en el inicio de la reconquista, organizándose en condado con Fernando III y se incorpora a la corona de Castilla en tiempos de Enrique III.

Se localiza el castillo y enmarca el puerto en el siglo XV, época en la que se repuebla, construyéndose el puerto en el reinado de los Reyes Católicos. En el siglo XVI se organizan los astilleros, alcanzando los 1.045 vecinos. Se fortifica en el siglo XVII, e intensifica el tráfico marítimo.

Utilizando el Catastro de La Ensenada dá a conocer el movimiento industrial de la villa con ferrerías, quincalla, labores de madera y telares y el vecindario que llega a 2.400, con 2.244 casas.

Valora la posición de Gijón como puerto y la intervención de su hijo más lustre, el benemérito y ecuanime Jovellanos, que, a finales del siglo XVIII, formula el plan de extensión y ordenación de la villa vinculando a su nombre los más variados y beneficiosos proyectos: caminos, defensas del puerto, nuevos edificios, repoblación forestal, urbanización. Nada escapa a la actividad y previsión de este espíritu metódico; práctico y entusiasta.

El proceso industrial de Gijón comienza a mediados del siglo XIX con la fábrica de cigarros, bujías esteáricas, conservas y vidrio. En esta época continúan los principales edificios ocupando el primitivo núcleo conocido por La Atalaya o Santa Catalina. A finales de esa centuria es el primer puerto de cabotaje de España, con una matrícula de 107 barcos y 17.128 toneladas.

Después de esta necesaria introducción comienza el estudio geográfico de la Villa y su Concejo en donde predomina el bosque de robles-castaños, que va cediendo paso, como en otros lugares de la Iberia Húmeda, al pino y últimamente al eucaliptus, manteniéndose la constante boscosa frente a la parca actividad agrícola, reducida a pequeños campos de maíz, escanda y frutales, alternando con prados.

Entra el autor en la descripción del paisaje y consigue uno de los momentos más sentidos de su extensa obra. El hecho geográfico de Gijón influye en este paisaje, en donde se mezcla lo rural y lo urbano con sus hermosos valles soleados o sombríos y hoscós.

Con recia personalidad sale Gijón de la pluma ágil de García Prado, que trae en apoyo de su tesis los párrafos más salientes de los escritores que se han ocupado de este paisaje.

Se considera la estructura geológica del país y el relieve, localizándose los plegamientos, el trabajo de erosión marina, la abertura de los valles en las calizas, el rellano fluvial y la formación de playas, destacándose la intervención humana para detener la acción erosiva del mar. Llegándose a la conclusión que el relieve es motivado por la erosión más que por los plegamientos. En la antigua cubeta rellena la playa, el puerto y cierta parte del caserío, ocupan la zona más baja.

En el capítulo dedicado al clima se estudia el juego de los vientos y el régimen de lluvias con sus especiales características y nomenclatura.

La hidrografía, la costa, la flora, la vegetación y el paisaje botánico, es analizado con especial cuidado, advirtiendo los cambios originados en el bosque, de donde ha desaparecido el nogal.

En la población se estudian los diversos niveles que van desde el musteriense a los germanos, establecidos tardíamente en esta zona cantábrica, que, sometida por Sisebuto, conservó la división local visigoda y el aprovechamiento comunal de los pastos gracias a su posición extrema. Tiene señalado interés y significación los índices de población, condiciones de habitabilidad, géneros de habitantes, la casa rural y la urbana.

Distingue dos tipos en el poblamiento: urbano y rural. La Villa, el puerto del Musel, Veriña, Somió (zona residencial) y Aroles (minera) constituyen el núcleo urbano. La costa, valles y zonas de altitud media son las bases de asentamiento de la población rural que se aleja de las zonas bajas y altas por la humedad excesiva y la dificultad de las comunicaciones respectivamente. Las solanas, los cruces de caminos, las estaciones ferroviarias o los apeaderos son focos de atracción de la población rural. En la zona montañosa las *quintanas* son la base del poblamiento diseminado.

Este hecho diferencial de Gijón y su Concejo se advertía ya en el siglo XVI y el autor estudia las numerosas y varias entidades de población, aprovechando la oportunidad para glosar la vida rural en las aldeas agrupadas en parroquias, los fenómenos de atracción que ejerce la villa y el límite del prado y el bosque. El estudio de la nomenclatura local integrada por topónimos latinos, visigodos, bables y castellanos y por agiotopónimos es de gran valor geográfico.

En la vida de relación se consideran las carreteras y caminos, anotándose la personal intervención de Jovellanos en el tramo Oviedo-Gijón. Interesante por su función económica es la vía carbonera que de Langreo conduce a la Villa, que por su posición es el centro y a la vez término de las comunicaciones radiales. El primer ferrocarril para transportar carbón recorre, ya en el 1852, ese trayecto.

El capítulo V está dedicado a la vida económica de la Villa, centro industrial, comercial y marítimo. La actividad agrícola está restringida por la naturaleza del suelo (calizas y aluviones arenosos), sólo se explotan las zonas más fértiles, compuestas por margas, arenas arcillosas y humus. Tomando la base del Catastro de La Ensenada se valora económicamente la Villa y su Concejo desde mediados del siglo XVIII y con ayuda de otras fuentes hasta nuestros días.

El carbón de los yacimientos próximos convirtieron a la Villa en el puerto carbonero de España. En el 1850 no había ninguna explotación minera y ya en el 1867 se instalan industrias siderúrgicas, mecánicas y se inicia el complejo industrial que se consolida y avanza en lo que va de siglo, contándose en él las industrias alimenticias, tejidos, hilados, cueros, calzados, jabones, vidrios, altos hornos, productos químicos, refinería de petróleo, astilleros, sosa, serrierías, siderurgia (en el 1955 se produjeron 81.000 toneladas métricas de acero), metalurgia, material ferroviario, alcohólicas, barnices, esmaltes, cemento, etc. Este complejo industrial está movido por el capital que afluye a Gijón por las buenas condiciones del puerto y abundancia de carbón, como por la existencia de hierro, acero, energía y mano de obra.

Las páginas dedicadas al puerto de Gijón-Musel, para nosotros las mejores de la obra, lleno de peripecias en su construcción, es la base del proceso industrial aludido y de la riqueza de la Villa. Este fondeadero, ya citado en las crónicas de la alta Edad Media, autorizada su construcción por los Reyes Católicos, arruinado al comenzar el siglo XVIII, reconstruido en su segunda mitad, interviene en sus obras Jovellanos, comenzándose el moderno puerto en el 1892. Actualmente tiene 3.753 metros de muelle y un tráfico de seis millones y medio de toneladas de mercancías. Con la obras en proyecto, que el autor razona, se llegaría a su total rendimiento. Es Gijón-Musel un gran puerto mixto, el de mayor movimiento y tráfico de España, con su extenso y profundo interior.

Dedica interesantes párrafos a la pesca, sobre todo a los balleneros y a las viejas cofradías, estudiándose las playas de altura o fondos continentales de cien a doscientas brazas, en relación con aquella actividad.

Con sinceridad establece García Prado la situación social y el actual desequilibrio entre precios y salarios, destacando la falta de apego de los trabajadores a los sindicatos. Registra la ausencia de paro obrero y la permanente demanda de operarios, sumando la mano de obra 30.000 personas; siendo la industria metalúrgica, del transporte y la construcción la que mayor proporción absorbe.

Al desarrollar el capítulo de Gijón como entidad urbana, razona la pervivencia de la Villa desde sus comienzos en el tómbolo de Santa Catalina a la actualidad. Mar y tierra, pesca y comunicaciones, bosques, prados y tierra agrícola, agua potable de la *Fontica* (influyó para el habitat romano), fácil defensa, playas, abrigos, posición entre Santander y El Ferrol, minería, PUERTO, todos estos factores geográficos, unidos al vigor de la raza han hecho a Gijón.

Entra después en el desarrollo histórico y en la evaluación de la urbe, que ha rebasado los cien mil habitantes y analiza las bases que motivan su crecimiento. A pesar de su venerable antigüedad el carbón, la ampliación del puerto, el plan de ordenación y extensión urbana, la hacen una ciudad joven, de gran futuro, porque será una de las ciudades más populosas del Cantábrico, el mejor puerto de su costa, centro minero-metalúrgico de primer orden, pesquero y de industria conservera.

Son analizados los factores de situación, posición, morfología urbana, en donde se hacen atinadas observaciones sobre resguardo de los vientos, lluvias, dirección a estos efectos de las calles, facilidades y dificultades topográficas, los obstáculos actuales para su ensanche.

Estudiada la ciudad en su conjunto se hace un análisis de sus barrios geográficos y por sus diferentes funciones. Ya en el siglo XVIII se distinguen dos: Cima de Villa (el de los pescadores) y Bajo de Villa o residencial. Sigue la progresión hasta el presente, dedicando especial atención a la ciudad antigua con sus pequeñas manzanas de escaso fondo, irregulares, con solanas de madera y espectaculares aleros y a los elementos constructivos y decorativos, para terminar con la enumeración de los más notables edificios. Ofrece la ciudad zonas de alta, media y baja densidad de población, superior a los mil habitantes por hectárea en Cima de Villa.

El futuro gijonés, con sus nuevas barriadas, los confines y límites de la ciudad, el plan de ordenación urbana, las relaciones de estas partes más alejadas con el centro, el paisaje suburbano, la dinámica de las zonas extremas, las formas geográficas de la circulación, las calles, plazas, las direcciones y nuevas necesidades del tráfico, la célula urbana, la vida ciudadana, la sociedad gijonesa, el carácter de sus moradores, las canciones costumbristas, las fiestas, las costumbres, modalidades culinarias, el tono de la población, religiosidad, cultura, vida oficial, municipal y aspiraciones. Nada escapa a la avidez observadora de García Prado y todo es analizado, razonado con sentido geográfico.

Obra de madurez, diremos para terminar, y con ello hacemos el mejor y más veraz elogio.

Fernando Jiménez de Gregorio

Miguel López Guzmán.—LA ECONOMIA MURCIANA, 1943-1953.—

Cámara Oficial de Industria, Comercio y Navegación de Murcia, 1956. 195 páginas en folio, 1 fotografía, 1 grabado y 14 gráficos.

La escasa bibliografía geográfica de Murcia se enriquece ahora con un nuevo título, el que preside estas líneas, obra de la que es autor el secretario de la Cámara de Comercio y escritor murciano D. Miguel López Guzmán.

En los dieciocho capítulos que la integran se dá una completa visión de la economía de la provincia, desde el obligado encuadre geográfico a la recaudación de la Hacienda, desfilando ante el lector, interesado desde el primer momento, la demografía, cultura, trabajo y previsión, construcción, agricultura, ganadería, montes, caza y pesca fluvial, minería, pesca marítima, industria, comercio interior y exterior, desarrollo comercial e industrial, «turismo», hostelería, transporte y comunicaciones.

Nada escapa en esta obra, en donde se manejan con soltura y eficacia la realidad del número y de los gráficos estadísticos, utilísimos por demás y limpiamente dibujados.

El precedente histórico, sobre todo en la industria, dá al trabajo que se comenta rango erudito y sitúa el presente económico en unión y dependencia con el pasado tradicional y lleno de promesas que llegan, ahora, muchas de ellas, a su plenitud.

Por él conocemos los índices de población relativa que llegan a 2.397 habitantes en el término de Alcantarilla, la máxima densidad de la provincia, a la que sigue Archena con 468 en plena huerta y 413 La Unión, en el complejo minero de la sierra de Cartagena.

Las zonas altas del NE. y NO. Jumilla y Moratalla dan las mínimas con 21 y 15 respectivamente, con lo que se confirma, una vez más, las dos grandes divisorias que, en cuanto a la distribución de la población, se dan en nuestra provincia. La población absoluta ofrece las máximas en Murcia con 218.375, Cartagena 113.160 y Lorca 70.000 habitantes, en donde el sol, riego, industria y comercio, puerto y minería dan la base necesaria para sustentar esa población.

Es el año 1949 el que más superficie en metros cuadrados cubre con edificaciones para viviendas, levantándose 670, disminuye esta cifra en los siguientes años. De seguir como en el que se cita se hubiera resuelto la cuestión de la vivienda y hecho frente al proceso de la modernización de los viejos cascos urbanos, entre ellos el de la capital.

La agricultura, como país de sol y agua, es la gran base económica de la provincia, calculándose en más de *mil doscientos millones* de pesetas. Es notable la aportación estadística que se da en este capítulo, de los más substanciosos de la obra que se viene comentando.

Aunque no se puede considerar a Murcia como provincia ganadera como atinadamente observa el autor, por falta de pastos, al predominar el área de

cultivo, se calcula, en el 1952, en más de *mil treinta y ocho millones* de pesetas el valor de esta riqueza. Se describe la diversidad de cada especie ganadera.

La explotación minera, en sus dos fases, extractiva y de aprovechamiento de residuos no beneficiados, es importante. Calculándose la población dedicada a estos trabajos en cuatro mil obreros, con un valor de *doscientos quince millones* de pesetas, en el 1953.

El pasado industrial se continúa actualmente en la actividad conservera, extractiva, del esparto, seda, entre las más importantes. Existen 104 fábricas de conservas vegetales, con un total, en el 1953, de *cincuenta y siete millones* de kilogramos elaborados, que todavía no alcanza la producción del 1935 que se eleva a casi *sesenta millones*. Contándose entre los primeros consumidores de pulpa de albaricoque Inglaterra, a la que sigue, de lejos, Bélgica. Superando los *trescientos millones* de pesetas el valor de esa industria conservera; calculando López Guzmán que, en plazo inmediato, se llegará a los *cuatrocientos o los quinientos millones* de kilogramos, exportándose al extranjero, aproximadamente la mitad.

Interesante es el epígrafe dedicado a la industria del pimentón, en donde se destaca la riqueza vitamínica, países compradores y producción, que valió en Lonja el 1953, año de índice máximo, en el decenio que se estudia, *ciento cuarenta y cuatro y medio millones* de pesetas.

De la mayor importancia, por su singularidad, es la industria hijuelera, de la que se obtiene el hilo para la sutura quirúrgica y el sedal de pescar «único en el mundo». Ya era estimada en el siglo XVIII esta ocupación artesana. Actualmente se cifra en *casi dos millones* de pesetas su rendimiento.

Se estudia la vieja industria del esparto y la remozada del vino, en donde se dan los oportunos y curiosos antecedentes histórico-geográficos.

Merecen comentario la industria metalúrgica, originada en la necesidad de producir aquello que, hace unos años, no se podía importar y era imprescindible a la economía murciana. Es una industria al servicio de la conservería, regadío, alpargatería, taladradoras, descortezadoras, cortadoras y motores. Se proyecta la instalación de una factoría para la construcción de pequeños automóviles.

Son notables las actividades textiles, que recogen la tradición gremial representada, entonces, por tejedores, torcedores, cordoneros, roperos, pasamaneros, etc. Ahora las hilaturas pasan de 2.000 cabos y los tejidos de algodón de 22.000 husos.

Complemento del cultivo del algodón (16.000 hectáreas, con 2.000.000 de kilogramos) es la fábrica para la extracción de aceite de semilla de algodón.

La industria química esta representada por la del ácido cítrico, aceites esenciales, resinas y destilados de la madera (se benefician a estos efectos unos 60.000 pinos), jabones y productos grasos, pinturas, barnices, tintas y refinamiento de petróleo.

En cuanto al comercio exterior, el autor expone la trascendental importancia de esta base de la economía murciana a través de la exportación de agrios, países compradores, entre los que se cuenta, en primer lugar, Alemania.

De interés es el capítulo del desarrollo comercial e industrial y el dedicado a considerar las bellezas de la provincia, aquí López Guzmán, sintiendo hondamente a Murcia, da suelta a su entusiasmada vena poética y describe el paisaje de la tierra y del mar.

Finaliza la obra con estadísticas del transporte, movimiento de viajeros y recaudación de la Hacienda que, en el 1953, se valora en más de *ciento ochenta millones* de pesetas.

Obra completa, repetimos, amena, de necesaria consulta.

Fernando Jiménez de Gregorio

Antonio Sequeros.—TEORIA DE LA HUERTA Y OTROS ENSAYOS.—

Talleres tipográficos Alonso, Almoradí, 1956. 212 págs. Viñeta y una fotografía.

En un volumen de alegres perfiles y generosa tipografía nos da el profesor Antonio Sequeros una emocionada visión de *su huerta*, de la parcela que riega el Segura en su bajo curso.

Traemos aquí el comentario de este libro, pleno de bellas imágenes, de poética expresión, de agrídulces nostalgias, apasionado, noble y sincero, no para encarecer estos matices, sino en efusión de esa Teoría de la Huerta o del paisaje.

Hemos de frenar nuestro impulso para no comentar alguno de los preciosos artículos insertos, como ensayos, en el libro, tal ese referido a *La habanera*, *canción de ausencia* o el titulado *Tristeza del viejo Profesor* en el que tantos docentes de la anteguerra se verán aludidos.

Alguien dijo que la Geografía de las comarcas habían de hacerla los naturales, por la base que les dá el conocimiento de la entraña de su país. Sequeros, *el huertano*, escribe sobre el paisaje de La Huerta y aunque no es el suyo un libro de Geografía, su contenido es en buena parte geográfico, por otro lado el autor no puede eludir su formación en aquella noble disciplina.

En las diferentes estampas se dá el paisaje físico y el humano de la Huerta baja, desde Orihuela, en donde el pródigo Segura lo es todo: al hacer posible, con su presencia, el verdor perenne de esa tierra de prodigiosa fecundidad.

Acierta el autor al definir La Huerta como entidad comarcal perfecta y al darla su valoración geográfica a través del relieve, color, economía y costumbres. Estableciendo una atinada diferenciación entre la huerta valenciana y esta del bajo Segura, tan bien descrito en relación con el huertano en su abundancia y escasez de agua, en su manso discurrir y en las tremendas violencias cuando, salido de madre, cubre con el velo espeso de sus turbias aguas La Huerta.

Motivo del paisaje huertano son las palmeras y los naranjos. ¡Con qué sinceridad literaria y geográfica está visto, con qué amor y ternura descritos!

La barraca, que ya es historia, se evoca con perfiles magistrales y se anota el cambio por la casa de líneas vulgares o por el extranjerizante «chalet».

La rica plasticidad de Sequeros pinta a los pueblos huertanos alegres, de anchas calles, con la carretera como eje urbano, silenciosos en el hueco del día, llenos de vida en el atardecer, o en las primeras horas, con sus fachadas de vivos colores y sus costumbres, regidas muchas de ellas por el tañido de las fa-

miliares campanas. ¡Qué mística unción cuando describe, en esas horas matinales, el sonar de las seis campanadas anunciando «el alzar a Dios»!

Así discurren tradicionales y modernos Benejúzar, Almoradí, Dolores, Orihuela, Cox con su significado geográfico, sus alusiones históricas y sus casi olvidadas tradiciones.

En un artículo pleno de realidades, de agudeza psicológica, estudia al hombre que vive, que labra esta Huerta, en el que se dan, con sus características ibero-mediterráneas, las influencias arábigo-orientales; de humanidad resistente, enamorado de la música, activo y nostálgico, quemándose en la pólvora de sus fiestas o arruinándose en los grandes acontecimientos familiares, defensor celoso de sus productos, dispuesto a todo lo plástico.

Razona la parcelación minifundista del suelo, su valoración económica y social, la evolución de los colonos que han llegado a propietarios y la involución de las viejas estirpes conquistadoras del territorio. La fácil captación, por el huertano, de lo moderno y su bienestar.

Libro ameno, cordial, pleno de colorido, expansivo y abierto, sugerente y luminoso, a veces nostálgico, siempre necesario para conocer facetas de la Geografía huertana.

Fernando Jiménez de Gregorio

Ramón Zubiria.—LA POESÍA DE ANTONIO MACHADO.—Biblioteca Románica Hispánica.—Madrid, 1955. 307 págs.

He aquí un nuevo estudio sobre la poesía de Antonio Machado. En una breve introducción nos habla Zubiria de la infinidad de trabajos publicados referentes a la obra poética del gran vate castellano, como podemos ver en las numerosas páginas finales dedicadas a bibliografía. Se intenta ahora sobrepasar los límites de lo fragmentario o particular. Mucho nos tememos que la obra de Zubiria no sea exhaustiva. (Sin ir más lejos. Podemos ver estudiados los architratados motivos de la fuente, el tiempo, la tarde, la muerte. Ni una sola alusión a un tema tan machadiano e interesante como es el camino). Más adelante expone sus temores, fundados, en efecto, de no pretender agotar la materia estudiada. Esto, en poesía, sería de una petulancia excesiva. El intento es ofrecer su «personal manera de enfocar la obra poética de Antonio Machado», puesto que «toda poesía resulta irreductible a fórmulas fijas».

«¿Soy clásico o romántico?», se pregunta Machado en *Retrato*. Difícil es encuadrarle en la historia literaria porque estos poéticos autorretratos siempre fueron peligrosos. Variadas y hasta contradictorias han sido las conclusiones a que ha llegado la crítica. Para Zubiria es Machado un poeta innovador y tradicionalista. Innovador libre, no de escuela, y principalmente en cuanto a lo formal. Tradicionalista en lo espiritual, en los temas que laten en su

poesía, que fueron los de siempre. El tiempo, la angustia de lo temporal, tanto en lo poético como en lo filosófico, es el eje y raíz de la poesía machadiana. Al estudio de este tema dedica Zubiria el primer capítulo de su obra. Ahora bien, a Machado le interesa el tiempo como vivido, no como mera abstracción. Es la labor destructora del tiempo, desmoronador de muros, disipador de imperios, como cantaría la desgarradora voz del gran Quevedo. Lima que pule y muerde, piqueta que demuele, fuego que destruye y derrumba sólidos bastiones.

Machado conversa «con el hombre que siempre va conmigo». Surge el diálogo filosófico y el poético, empleando para el último figuraciones también poéticas del tiempo, como son la mañana, la tarde y la noche. O el agua y la fuente que no son sino una misma realidad, río en Heráclito, en Dante y en Manrique, símbolo de esa fluidez irremediable hacia la muerte.

La tarde es la hora que Machado ama sobre todas: la tarde triste, lenta y melancólica, clara y amplia que preludia las sombras de la noche.

*Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada como el alma mía,*

Mucho se ha escrito sobre las fuentes machadianas, monótonas, cansadas, tristes: Las plumas de Marías, Rosales y Pemán, sin olvidar la de Dámaso Alonso, se han afanado en desvelar el misterio que se oculta tras la tersa superficie de las aguas en su deslizarse suavemente:

*...En la marmórea taza
reposa el agua muerta...*

*El agua de la fuente
sobre la piedra tosca
y de verdín cubierta,
resbala silenciosa.*

Dos interesantes apartados dedica Zubiria al tema del tiempo: «el tiempo en las cosas» y «las cosas en el tiempo», que constituyen lo más original de lo expuesto en tan traídos y llevados temas machadianos como son la noche, la tarde, la fuente, el tiempo. El tema del tiempo (¡tantas veces abordado!), ocupa un extenso capítulo, denso y profundo como el alma del propio poeta. «Antonio era pozo, hondura, agua adensada en sombra» ha dicho Dámaso Alonso. Ninguna semblanza tan certera como ésta del primero de nuestros críticos literarios.

A través del *Cancionero apócrifo de Abel Martín*, Machado escribió extensamente sobre lo que él calificaba de «el apasionante problema del amor». La teoría amorosa machadiana es expuesta por Zubiria apoyándose, ya en las ideas de Mairena, ya en las de Martín o en las del propio Machado a través de sus versos. Tarea no fácil pues es precisa una revisión de esas ideas, estableciendo las relaciones que existen entre ellas y los poemas. Zubiria la acomete animado «por la mejor voluntad».

En unas cuantas páginas queda resumida la teoría poética de Antonio Machado, a través de las ideas de su «alter ego», Juan de Mairena. Dice Maire-

na : «Todo poeta supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya—implícita—, claro está —nunca explícita—, y el poeta tiene el deber de exponerla, por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que hace versos». Frente a frente quedan el poeta y el filósofo, no hostiles, sino «trabajando cada uno en lo que el otro deja». No obstante esta proximidad, veía Machado entre poesía y filosofía insalvables barreras. «Poesía y filosofía, dice Ramón de Zubiria, se mueven, pues, en direcciones contrarias y sus instrumentos operatorios tienen que ser por consiguiente, opuestos e irreconciliables. El filósofo opera por medio del pensamiento lógico; el poeta, por el pensamiento poético». El problema es bien interesante y en buscarle una solución, trabajó Machado tenazmente analizando la poesía española, incluso la propia, y dedicándose al estudio de la filosofía (estudió con Bergson en París), llegando a la paragógica conclusión «de que, en poesía, lo intemporal sólo se obtiene acentuando y reforzando, tanto como sea posible, los elementos temporales del poema». (Zubiria). «El poema que no tenga muy marcado el acento temporal estará más cerca de la lógica que de la lírica». (Machado).

Con el título de *El Verso y la temporalidad*, encabeza Zubiria su penúltimo capítulo, en el que el estudio de los procedimientos estilísticos empleados por Machado se lleva a cabo de modo incompleto y sucinto. Símbolos, imágenes y metáforas, así como el empleo de verbos, adverbios y formas estróficas concretas (romances, «poema típico machadiano», zejel, soneto), son analizados brevemente, constituyendo la parte más débil del estudio de Zubiria que, excluyendo este aspecto, es denso y preñado de interesantes sugerencias.

Finalmente anotamos, como de extraordinario valor para el investigador sobre poesía moderna, las cincuenta páginas finales dedicadas a la más completa bibliografía sobre ediciones (traducciones, teatro, refundiciones), estudios, homenajes y poesías dedicadas del inolvidable cantor de *Soria pura*.

Juan Estremera